PROHIBIDME A TROSTKY O A PETRARCA

ESCALERA DE DESDEÑO

Cae ya el día, y absorto
Apenas si levantas tu mirada
Ante el esplendor del sol. Quizás
Ver nacer la flor es ahora
La aventura más honda de tu espíritu.

Tu vida a solas
Está envuelta lentamente
En el dejo de la pena. Entras en la casa,
Con las cortinas enciendes el primer
Destello de las horas sin medida.

En el tiempo que empieza
A discurrir, agonizándote,
Envuelves tu mirada que se posa
Melancólica en el libro. Y así
Va tu vida. Sin presagios.

Te acecha la larga resonancia
De la noche, la inmovilidad
Del transcurrir, los elementos
Convocados a la vida; su sorda
Angustia te penetra.

Tu pobre alma recorre dura
Tanta escalera de desdeño.

ACORDE ANTIGUO

Tal vez el buen Gracián quisiera
Unirse a aquellos que tuvieron perdida
La suerte en tan dura época. Tal vez.

Mas en su peregrino viaje recurrió
En exceso al simbolismo, pensando
Quizás en así acercarse al hombre.

Se dice que en él había
Honda preocupación española, mas
La entiendo disimulada en demasía.

En su negro pesimismo condenó
A casi todos los humanos
Y yo pienso que era justo
Si no estuviésemos ya de antemano condenados

Por una loca imagen a semejanza suya:
Sus intransigentes palabras que él tantas
veces defendió tan tristemente:

Someter la libertad
a tan hosca idea de la vida
fue el fin de su trabajo.

PUEDE MORIR

Es más triste levantar gestos,
ejemplos, plantas, espejos
impenetrables.

Es más triste
olvidar el cuerpo derribado,
la luz que cava la desgana,
el pie del preso perseguido.

Y aún es más triste defenderse de la vida
y quedarse sin imágenes,

sin criptas, zumos,
alegrías cualquiera
de dos pozos con gestos
sangrantes, laberintos.

Hay ráfagas de silencio
en puñados de alcohol,
halcones, y son tristes
los hombres distantes,
este arrebato de tu cordillera miserable,
y es triste el pronunciar mi nombre;
la aurora del más hermoso mar,

y sin duda que son tristes
los tristes cigarrillos pensativos
la vida afligida por las brumas,
las bocas de los metros, donde
uno puede morir, reclinado,
antiguo, hostil y duro.

ENCUENTRO COTIDIANO

Lo que adivina el corazón
se abrasa en las sombras
al anochecer, y al anochecer
cruzo la llegada de la noche
y, sin más razones ya, contemplo tu rostro
con mirada cálida
y me sumerjo en mi osadía y quizás
me atrevo a imaginar
el corredor hondo que viene a la vida
desde debajo de tu falda. Yo te espero
hasta el comienzo del sueño,
tal espíritu que recorre oscuros pensamientos,
y, vacío, dentro de una babel gris y silenciosa,
enumero mis grandes proyectos
como si aún faltara mucho para morir;
oscuros altares e implacable frío
en tan llena oscuridad,
más pura que ninguna.

Es la dulce y terrible morada
de la noche pues sólo ella
sabe dejarte sin dolor. Tinieblas
o bultos,
siempre la costumbre paso a paso
pero mirándose,
porque así canta la tentación elegida
entre mis ojos; pensamiento
que quiero ahora recoger
a pesar de la dicha que me embarga.
También tu regazo en el que se clavó el mio,
también tu llanto y sin duda
que tú lo sabías todo
entre tu tan alto amor.

AUTORRETRATO

Han pasado los días rodando con su frío
y me acribillo en himnos y enlazo
en mi memoria las ruinas
del tiempo, los goces oscuros,
los recuerdos de mi vida.

Redescubro las murallas, las naves,
la estirpe de los dioses, las múltiples
genealogías del mar, la soledad
empolvada de umbrales y de siembras.

Tiño los estanques, olvido
las culpas cotidianas,
desentierro tu mirada.

El destino
me atribuye los vientos, crezco
y doy un paso más hacia mi más
auténtico canalla.

LOS SKOPTSY

(1900, Siberia)

I

Con el corazón oscuro
Hubo alguien que un día descendió con ellos
Río abajo; remaban con esa fuerza que da la soledad
Al hombre. Condenados todos ellos estaban y eran
Compañeros de miseria.
Tan distintas las diversas causas
Que los había unido en la lucha contra el río
Helado.
Aquella gran barca que surcaba
La corriente del Lena parecía castigada por los dioses.

Y así ve acumular allí tanta desgracia.

Con Liova iban unos hombres que llamaban
Los skoptsy; vagamente había oído en alguna
Ocasión hablar de ellos: sin duda que ahora se tocaba
El mito con las manos. Largos vestidos
Blancos cubrían aquellos cuerpos, y, revestidos de pena,
Levantaban sus cantos solos en la noche.

Ante sus ojos atónitos pasaban rezando largas horas,
Hasta el alba. Y desde su niñez, con la dulzura de las palabras
Prometidas, ensalzaban violentamente
El bárbaro mandato: yo daré a los eunucos
nombre y poder, mejor que hijos e hijas.
Así se igualaban las almas, henchidas
De terror y violencia,
sin duda para mejor guardar
El sábado: la maldición que apretaba aquellas vidas.

II

Es suerte que él los haya acompañado
porque de este modo la mirada que echó al mundo
Se mezcló, en trágica circunstancia, con aquella secta
de fanáticos que quería vivir en santidad,

y así la vida
se maravilla hoy ante verdad tan asombrosa,
historia violenta que se lee a las páginas
de un libro, en las horas pesadas de la noche: Para llegar
a su Dios era necesario castrarse.
No seré yo quien juzgue tan bárbaras acciones,
Mas el hecho ahí está, mostrando intransigencia.
Y aún, entre tanta
Desgracia, uno abandona por completo los dogmas al saber
Que el zar fue uno de ellos.
Cubrió el hielo
sus vidas, como el mismo nos dice,
pero eran al menos puras
pues se condenaron a no poder fornicar en sus pasiones
con otro hombre
o mujer.

Ninguno dudó al elegir tan triste suerte

III

Mas en breve nota, al pie del libro, uno recuerda
Con asombro su hombría de bien, sus gentiles
Preferencias.
Y es que jamás podrán olvidar ellos
La voz divina que nació de las palabras
Del estúpido profeta, varón justo si hubo alguno, Isaías, hombre
Que nunca dio lugar a lo trivial sino a la pena,
Y de ahí las largas horas días del destierro,
La frenética presencia del río,
Y todo su ardor al remar.

IV

Otros sentimientos se unían a aquella oscura
Manera de ser, que asombran a su trágico
Acompañante: Con austero espíritu
Frenéticamente les preguntaba por su visible infierno, por las comunas
Levantadas en sus tierras.
Quizás por ello ahora la dura
Suerte los haya unido.

Y se veían atraídos
Sin cesar a sus preguntas,
A pesar del temor de Liova a resultar ingenuo.

Del Capital
Mas adelante ya supo juzgar mejor pues identificó
Su espíritu con este solo libro,
pero no obstante
Una cierta admiración siguió prevaleciendo siempre: la ausencia
De la tierra y la creencia fuerte los había unido,
De ahí
Quizás su rectitud y saña que en guerra civil defendió
El país.
Mas ahora desciende aquel gran río acompañado de plegarias.
Y va triste hacia su exilio.
Y cansado mira tantos años que demasiado pueden durar.

V

Ahora comprendo oscuramente que todos los gobiernos persiguen
Al hombre que apoya al hombre mismo. Así vivo,
Solo, en esta choza abandonada por el buscador de oro.
Buscador de la vida a costa de su vida.
Pero Liova edad tuvo en la que pudo soñar
Y ahora tiembla el joven
Con su mujer y su pequeño hijo, estamos transidos
por el frío.
Y a pesar de tantas cosas piensa y escribe:
desde esta cansada miseria enumera los problemas que un día agi-
[tarán al mundo.

DOS CUERPOS

Espero el centro de mi corazón
sus piezas benditas, sus astillas
enfermas: guitarrista de hoy.
Beso como un loco mi sombra,
aquellas fotos que me llenan
de un miedo antiquísimo

y me hundo, vesánico,
en el remordimiento que espera
respuesta, mas nunca me avergüenza.

Temo las nieblas tempranas, tus instantes
extraños, los cuerpos
salpicados de silencio, otra vida.

Simiento austeramente los frutos
y su néctar, la muerte
entretenida que me roza
tal roza al oscuro labrador
que desentierra encajes hoscos
y melancólicos.

Tomo asiento en las plazas al ocaso
y entonces es sencillo el tiempo, y tu amor,
las sombras, los torrentes de sombras.

NIÑO EN LA ESCALINATA

En mi desnuda inocencia
vengo de soltar mi azor
y alimento mi invisible anillo;
confundo el mar, llaga mortal,
y, en la noche de agosto,
desemboco en el increado mundo,
yo, a solas, con mi raza
triste, defiendo
el territorio del llanto
y quedo libre, cumplo
el resplandor de las torres
y oigo murmurar las exequias
profanas, selladas de ceniza.
Vengo de soltar mi azor
y tu desgracia abrasa
los enojos y también abrasa
tu cabello el mediodía
con el mismo cariño
que abrasa mi infantil procacidad.

En el alto amor atestiguo con la violencia
del orballo tu entrega al otro y traslado
la torpe muerte y mi infelicidad
al trifauce regazo de Plutón:
donde se afligen las noches
y levantan los cuerpos clamores
del deseo. Del bien
que espero ¿qué insaciable
locura es ésta? Vuelvo
a abrir los ojos
y veo naufragios infinitos,
escorias mientras dura la vida
o se alimentan los anillos.
Cadáveres entreveo en mi memoria
tus quemados vicios, tus inigualables
perfecciones ateridas de malicia;
carne estremecida, pechos cálidos,
ahora hay
influencia de algo distante,
fundador tuyo.

MUJER EN EL MURO

En la víspera del dolor,
pidiendo humildemente a tu puerta
he burlado torpemente el olvido,
he dejado el trabajo
y me abrigo en la fuga de la playa,
en las lámparas; con la voz primera
que no rehúye las cosas dichas,
como atormentado y furibundo
yo ahora las rehúyo. Iba
a marcarme con tu vida
porque ante mí siempre alzabas
el deleite de millones
de crepúsculos.
Ha caído
el día y recojo la moneda torpe
que servirá para el dolor
y para el beso, quizás para el primero
y mercenario amor.

Criatura fantasmal.
En la mañana estéril
comprendo que afuera está el mendigo,
está la nieve, que afuera
la hiedra abraza las columnas
de la casa; sabes que en el pórtico
arrancan los caminos de la acrópolis,
que afuera, por fin luz, olvidarás
tu amor, renacerás en la materia.

AL JUEZ DE LA VIDA Y LA ELEGANCIA

I

Estaba roto por la noche
y me ungí entonces con perfume de nardos.
Cantó el gallo e hice rociar mi cuerpo
con vino puro para que fuera más alegre
mi lectura de Petronio, mi camino
hasta la asamblea de los dioses.
No sé por qué escogí la muerte,
quizás porque ya no era diestro en la caza,
aunque llevara bien la edad,
pues tenía el pelo negro como el cuervo.
Viví mal, no lo duden, sirva como ejemplo
que malvendí todos mis bienes. Ahora
sólo llevo conmigo esta ánfora
en la que quiero que se laven mis huesos.
Vendrá Mercurio a recibirme a la orilla del mar

II

Comenzó así el festín, y como ordena nuestro juez
yo supe elegir al muchacho más hermoso.
Dicen que tenía los ojos oscuros, los labios
incitantes. No hagan caso. Aunque bello, era vulgar,

pero yo empeñé toda mi fortuna
para que fuera castrado en Delos.
Apuramos la copa del poeta
y llevado por la torpeza del vino
dejé en sus labios los besos más inmundos.
Recordé entonces que aún todo me pertenecía.

III

Oí nacer la noche,
y, abandonando en soledad a mi amado,
vestí mi túnica. Un esclavo
sostenía el orinal de plata
y Petronio, al verme, con una cierta nostalgia
dejó sus juegos.
Bajo una estatua de mármol,
quiza Afrodita, no recuerdo,
hablamos de mi muerte.
Libre de toda virtud
quedaba ya mi cuerpo.

IV

Había lamentos, miradas luminosas,
mientras el emperador firmó la indigna
orden; en mi conocido destino había
sombras jóvenes, regazos,
una poderosa alegría, estaba
roto por la noche. Como hombre
lo di y lo probé todo.

V

Abrumado por la pena.
Uno a uno cayeron los eslabones infinitos.

Ya no es tiempo de deseos
ni hay luz entre las horas del día,

ebrio de lástima, recuerdo
la más minuciosa de las cosas,
por el pecho me sube un vaho
de lujuria: quizás el amor mercenario
perdura en mi memoria.
El rostro entre las manos, pensativo,
he mandado volver a cerrar mis venas.

VI

Ciego de ira he roto el sello
del emperador y he abierto de nuevo
mis heridas. Pido al eunuco
que relea en voz alta
algún pasaje de su Satiricón
y, visionario, me despido de la vida.

LO MISMO

Existe el corazón ardiente, regado en lágrimas,
y existe el nombre de las cosas,
la melodía desnuda
que se retiene en los labios,
también hay miedo puro,
el cansancio, misteriosamente.

Los mismos ríos. A veces
está la tierra sosegada
en los veranos, sellada
la tristeza; la ilusión,
dolorosa bajo los ojos
fatigados.

Los mismos días.
Vuelven las manos del hombre
a evocar alientos, gestos
casi repetidos, largas

inocencias. Cada día
está hecho para abrazar
dulzuras muertas
y bien muertas.

Las mismas penas.
Violentas o desnudas
las heridas, los senos,
los sueños transcurridos.
Siempre
es violento el silencio,
la lluvia, incluso
la hora mágica, locuras.

Existe la tristeza al caer la tarde,
se oscurece la tierra, los labios,
acaba el amor, bien,
está bien que acabe el amor,
comenzará otro. Y siempre
los mismos días, los mismos
ríos, las mismas penas,
el mismo arrojo, las mismas
cosas, una melodía desnuda
regada en lágrimas. El miedo,
el cansancio, misteriosamente.

SALMO

En la luz de la mañana yo os digo
lágrimas y las lágrimas se mezclarán
amargamente bajo la luz de la mañana.
Habladme de que puedo llegar a la muerte
y la muerte se alzará trastornada
en el espacio. Decidme
lágrimas que corren por los gestos
cansados. Aún puedo llegar a la muerte,
trastornado, que corren por los gestos
cansados de mi cara. Contemplad
ahora la dulzura de los cuerpos,

quizás la luz del mar, ahora
la tristeza oscura de tus labios. Os digo:
mirad la dulzura de los cuerpos,
que no prohiban el viento o el secreto,
mirad el viento, las ramas puras
del manzano. Aún la muerte.
Mirad cómo agoniza la hermosura.
Decidme: lágrimas. Aún poseo el corazón
y me habláis con lenguas metálicas
revestidas de cifras y de ropajes negros.
Prohibidme algo en mi alcoba
y llegaremos hasta el borde. Ya sé
que no hemos sido elegidos: llore
simplemente el corazón vestido
de pesares. Prohibidme algo en mi reino,
prohibidme a Trostky o a Petrarca.
En el silencio de mi alcoba
tienen cabida los errantes,
que yo dibujaré la tristeza
de sus labios. Os digo: no viváis
así, decid las palabras
de la luz.

TRIBU DE SIMEI

I

Como la voz con voluntad de luz
él no siguió el mandato de Dios
porque los hombres torcieron su corazón:
como la voz dejada en el murmullo,
entre los fresnos alineados,
guardaba en tazas de plata la sangre
que, después, en holocausto,
derramaría ante el altar.
Por el pecado cometido
irritó a Dios, al Dios
lavado por escarchas,
mas fue dichoso: quebrantaba

encinas y encinas de palabras,
engendraba embellecidos
o violentos delirios
y tal un día moribundo, bajo
la hierba, fue entonces que circuncidó
su corazón.
Y ahora, cuando
van a aventarse sus cenizas
en las noches quemadas,
recuerda los otoños,
los orígenes de la tribu de Simeí.

II

Emerge ahora de los hombres.
Cierto que Beria muchos hijos
no tuvo pero se reunían en cavernas
que eran lugar de tormentosas
orgías. Y estaban engranadas sus vidas
en el vicio.
Delirios de bocas frente a bocas,
miradas llenas de deseos
y anhelantes bocas
frente a bocas, labios
de pereza familiar,
arañados senderos
que pulsaban los sexos
somnolientos en tan turbada
oscuridad, quebrándose
para mejor así ayuntarse,
siguiendo los dictados de Venus.

III

Si emerges ahora de los hombres
comprenderás que ninguna cosa
se engendra de la nada y de ahí
nuestro perpetuo descontento
ante tal naturaleza, nueva

soledad y alegría que hace
renacer la tierra es lo que buscan
entonces nuestras vidas:
al fin es difícil creer en Dios
y regresar de nuevo a la salvaje
alegría de las noches.

IV

Si eres hombre esparcirás flores:
comprende que algunos filósofos
reflexionan con lentitud de pájaros;
pero esto no nos impide
conocer las dotes venéreas
de Beria: entre tanto (si eres
hombre tendrás el corazón de oro)
vaguemos con nuestra
carga en los hombros: extenuados.
Ayudadme pues a clavar este aviso
en mi puerta. En las lagunas
aún hay lluvia y podremos
disculpar a aquellos
que no cumplen el mandato
divino: si nos contemplamos
bien nuestras mismas nubes
están rotas.

V

Sería prolijo relatar los radiantes
vicios de aquella tribu
pues debemos evitar un problema
que a todos nos atañe. Olvidémoslos
entonces en honor de sus esclavos.
Además su muerte nos excusa
de añadir fuego a la hoguera.
Recordemos solamente sus lúcidas
miradas. Van errantes de palidez

su vida y nuestras vidas:
como que no siguieron el mandato
de Dios.

TRISTE SORTILEGIO

Para llegar a todo lo que fue mío,
a los tristes años y a las noches que envuelven
la consternación, la muerte, casi
he apurado la memoria
del tiempo y el vacío
que después deja la luz.
He sobrellevado el desdén
altivo de los días
y he existido. Lleno
de tristeza, aunque con oscuro
deseo, comprendo ahora
la imposible mirada
de Dios y es difícil
soñar,
abrir esta ventana para echarse
a morir: lamento prodigioso
es ahora la vida. Hay
anchos pasillos en la casa
para llegar a todo
lo que es nuestro. (Al retirarse
el sol alguien queda con fiebre
y entonces lo estremece
la llama quieta de las horas
perdidas.) Y en mi agitación
comprendo que me he olvidado
de vivir, de mirar desde
mis ojos grises cómo se precipita
el arroyo cristalino, cómo estalla
la ola en el mar y se rompe
el dolor palpitante de la luz
mientras las ondas oscuras recuerdan
gravemente la amargura
de la consternación, la muerte

silenciosa de los cuerpos. Tanto tiempo
para morir! Vanamente, con desdén
contemplo las turbadas redes
del destino y sus afanes: nada
me impide llegar al triste sortilegio
de lo que fue mío, la vida aquella
que bien pudo ser nuestra.

AUN

Nace el amor tras largo padecer
y es soledad de yermo y camino pálido,
nace el amor. Recuerda que ha pasado
entre las sombras. Insomne y angustiada
su voz, nace el amor a la sombra
del muro cubierto por la hiedra,
murmura tímido y nos da su ardiente
melodía, sus versos silenciosos;
olvida las voces trastornadas
entre el viento y los teléfonos,
recoge a las muchachas jadeantes.
Lleno de pesadumbre pienso
en las sombras del amor
y cada vez son más frágiles
y tristes: mi vida gastada
en paz, voy quedándome muerto.
Se duelen mis zapatos deshechos,
naufrago entre tragedias áridas,
laberintos incalculables, días
lastimeros, torbellinos de brumas
tras mis huellas. Mis ojos,
y el murmullo silencioso
de las frutas, ante los sueños
amontonados en los días,
basta su eternidad de penas
que no pesan para que cumpla
mi condena. Nace el amor
entre helechos y lujuria,
entre alarmados corazones
palpitando entre la hierba,

entre soldados que estallan
de gozo y hablan solos,
mágicas doncellas desnudas,
muchachos jadeantes. Música
y por desgracia, algo de oficio
es el amor. Pero también nace
entre pastores torpes
y crisantemos pálidos. Se oyen
en el nocturno los adioses
y hacen que dejemos de vivir
o que vivamos. Un tiempo
de canciones se levanta
entre mi pecho y el silencio.

MANUEL VILANOVA

Polígono de Coya, 16
VIGO